

expresado por un grupo de hombres, de sentirse particulares, distintos de los demás. Dichos elementos entran en proporciones variadas según la pasión que se contemple: en los racismos y fascismos, aparece principalmente el orgullo; en las pasiones de clase, el interés. Y Benda se pregunta: ¿Qué han hecho los intelectuales de los últimos tiempos sino adherirse a estos fanatismos de raza, de nación o de clase? Entiéndase bien que no son en modo alguno pasiones políticas la pasión de la justicia y de la verdad, y los *clerics* que descienden a la arena movidos por ellas no traicionan su función: un Spinoza que va, con peligro de su vida, a escribir sobre la puerta de los asesinos de Juan de Witt: *Ultimi barbarorum*, un Voltaire, que sale en defensa de Calas, de la Barre, de tantas víctimas de los errores judiciales. También es muy plausible que un *clerc* ame a su patria, mientras dicho amor no lesione las ideas abstractas de justicia y de verdad a que debe consagrarse. Ya hemos visto la actitud del propio Benda durante el caso Dreyfus, o la actitud de un Chesterton durante la guerra de los boers, censurando terminantemente la política inglesa, o la de un Sartre, oponiéndose a todas las formas del colonialismo francés. ¡Qué diferencia con un Barrès, exclamando: «Aunque la patria esté equivocada, yo le daré la razón»! Para qué hablar de los historiadores alemanes de tipo Mommsen, deduciendo la moral de la historia, o de sus congéneres franceses, los Maurras, los Banville, los Massis, que ponían la crítica al servicio de sus convicciones políticas y denigraban sistemáticamente toda obra literaria o toda época histórica que no participara de sus ideales imperialistas y monárquicos. O de ciertos ensayistas y poetas católicos que, no obstante pertenecer a una Iglesia universal, que ha predicado por encima de todas las cosas el amor al prójimo, el desprecio de las riquezas y la abolición de las diferencias entre los hombres, vinculan indisolublemente la religión a conceptos tan alejados de ella como el régimen capitalista o las ideas de nación y de ejército, olvidando las palabras del Apóstol: «No hay siervo ni hombre libre. No hay griego, ni judío, ni bárbaro, ni escita». Benda los llama, con mucha gracia, «la milicia espiritual de lo temporal».

Desde el primer momento, también, Benda ha juzgado lúcidamente al comunismo. Uno de los rasgos característicos del individuo con relación a lo social es la libertad que tiene de oponerse a lo social. Los totalitarismos de derecha eran —mejor dicho, son, porque todavía continúan existiendo, desgraciadamente— totalitarismos desembozados, francos. Decían que el hombre no necesitaba ser libre, que no necesitaba de la libertad. El comunismo niega la libertad para el hombre, pero la niega provisionalmente. Afirma que el día de mañana, cuando la sociedad se reabsorba en el individuo, el individuo recuperará la libertad. Benda, aludiendo a esta mañana remoto, llamaba a los comunistas «bárbaros avergonzados de su barbarie». Así y todo les contestaba: «El día de mañana, cuando la

sociedad se reabsorba en el hombre, el hombre habrá dejado de ser una persona. Conseguir la adhesión natural del hombre a lo social implica, en efecto, acabar con la sumisión, en tanto que esta palabra sumisión implica sacrificio, violencia. Pero hay un singular desprecio en llamar libertad a un estado de cosas en el cual se habrá destruido, en el individuo, la probabilidad misma de formar deseos no conformes a la sociedad». Yo agregaré, por mi lado, que este fin es el que se persigue vanamente con la educación y la propaganda comunistas, el fin que se espera, que se ha esperado siempre alcanzar en pocas generaciones. Han pasado cuarenta años desde la Revolución. Hay dos generaciones enteramente formadas por el comunismo. Entramos en la tercera generación comunista, y el mañana de la libertad sigue siendo igualmente remoto. Los comunistas, tal como antes, apelan al tiempo, continúan invocando su juventud. Dentro de otros cuarenta años, si los principios del régimen no han variado, se podrá aplicar a la Rusia comunista la broma de Wilde sobre los Estados Unidos: «La juventud de la Unión Soviética es su más antigua tradición».

Hay una novela de E.M. Forster, *A passage to India*, que alguno de ustedes, quizás, haya leído. No hace mucho se ha traducido al español con el título de *El paso a la India*. No voy a contar aquí el argumento de la novela. Confórmense con saber, los que no la hayan leído, que una muchacha inglesa llega a una pequeña ciudad india y que, durante una excursión a unas sombrías y maravillosas cavernas, sufre una especie de desvanecimiento y cree que un médico indio que la acompañaba ha intentado violarla. Se produce el consiguiente revuelo en la colonia inglesa, el médico indio es llevado a tribunales y, cuando los jueces están a punto de condenarlo, la supuesta víctima interviene y retira la acusación. Después, conversando con un amigo inglés, la muchacha, más que disculpar, trata de explicar su insólita conducta, de explicársela a sí misma. Hablan de tristeza, de realidad; pasan de la realidad a las alucinaciones, a la fantasía; de la fantasía a los fantasmas; de los fantasmas a los exorcismos; de los exorcismos a la vida sobrenatural. El amigo inglés hace notar a la muchacha que, cuanto más avanzamos en la vida, más difícil se nos hace resistir a la vida sobrenatural. «¡Qué tentación –le dice– después de los 45 años, imaginar que los muertos vuelven a vivir! *Nuestros muertos*. Los muertos ajenos no nos importan nada.

–Porque los muertos no reviven –dice la muchacha.

–Creo que no –contesta el amigo».

Y Forster agrega:

«Siguió un momento de silencio, como tan a menudo ocurre después del triunfo del racionalismo».

Forster tiene un arte prestigioso para manejar la insinuación, la sugerencia, la reticencia. En este caso, es fácil percibir la ironía que se esconde

debajo de una frase tan casual y tenue. Sí, después del triunfo del racionalismo, sigue un momento de silencio. Un silencio triste. No hay nada que decir. Y, sin embargo, ¡habría tanto que decir! Porque el hombre no es sólo razón. Es también imaginación, fantasía. Es también pasión, y no sólo como acabamos de verlo. Pasión desesperada de un más allá, de sobrevivencia espiritual, carnal. Cuando nos hablan exclusivamente en nombre de la razón, se produce el silencio a que alude Forster. Nuestro interlocutor tiene el triunfo fácil. Pero no es un triunfo legítimo. En vez de convencernos, nos ha paralizado, ha hecho en nosotros el vacío. Esta imposibilidad de replicarle no se debe a nuestra falta de inteligencia. Las ideas inteligentes, aunque sean opuestas a las nuestras, no nos reducen al silencio. Proust observaba que una idea poderosa –*une idée forte*, una idea fuerte, inteligente– comunica un poco de su fuerza al interlocutor. Como participa del valor universal de los espíritus, se inserta, se injerta en el espíritu de aquel que la refuta, en medio de ideas adyacentes, con ayuda de las cuales éste readquiere alguna ventaja y la rectifica, la completa, de tal modo que la sentencia final es obra, en cierta forma, de las dos personas que discuten. En cambio, las ideas que no son propiamente ideas, las ideas que no se basan en nada, no encuentran ningún punto de apoyo, ninguna rama fraterna, decía Proust, en el espíritu del adversario. Éste, que no tiene de dónde asirse, debe vérselas con el vacío puro, y no encuentra qué replicar. Los argumentos irrefutables, los argumentos sin réplica, no son argumentos. Nada tan sencillo como taparnos la boca con una perogrullada. O con una estupidez. No en vano decía Wilde que podía soportar la fuerza bruta, pero que la razón bruta era insoportable.

Les dije, al principio de esta conferencia, que Julien Benda ha combatido el antirracionalismo de Bergson y de Proust, a quienes admiraba mucho, y que lo ha combatido con profundidad y sutileza. Y pudo combatir el antirracionalismo de Bergson y de Proust porque ni Bergson ni Proust son exclusivamente antirracionalistas. Se ha dicho de Bergson que su filosofía antiintelectualista está construida por la inteligencia más razonadora y más crítica, que su sistema es un *racionalismo desbautizado*. En cuanto a Proust, descubre dentro de sí sus grandes verdades psicológicas. Estas grandes verdades le son reveladas por su sensibilidad, y no por la razón. Pero inmediatamente utiliza las explicaciones más racionales para esclarecerlas y hacerlas entrar, sistematizadas, en el dominio de la inteligencia.

Y lo que decimos de Bergson y de Proust, dos antirracionalistas, lo decimos también de los racionalistas. Desde el antiguo racionalismo de un Parménides o de un Platón, pasando por el racionalismo moderno (Descartes, Malebranche, Spinoza, Leibniz, Kant), hasta el idealismo subjetivo de un Fichte o intelectualista de un Benedetto Croce, ningún gran espíritu racionalista es pura y exclusivamente racionalista. Los